

# Bibliotecas asturianas frente al Sida

**El pasado 11 de noviembre, la Asociación Asturiana de Bibliotecarios, Archiveros, Documentalistas y Museólogos (AABADOM), organizó, en Gijón, un encuentro sobre el papel de las bibliotecas frente al sida. En él participaron 70 personas, de las que 45 son bibliotecarios en distintos municipios asturianos, y el resto, educadores, trabajadores de centros de salud, Servicios Sociales y responsables de Comités Antisida. Presentamos las conclusiones y, en las siguientes páginas, la ponencia de Francisco Solano sobre "Literatura y Sida".**

## Conclusiones

La Asociación Asturiana de Bibliotecarios, Archiveros, Documentalistas y Museólogos (AABADOM) organizó el día 11 de noviembre de 1995 en Gijón, el **Encuentro Bibliotecas Asturianas frente al Sida**, con la intención de despertar en los profesionales asturianos la responsabilidad social que las bibliotecas deben desempeñar en la lucha contra esta enfermedad.

De este Encuentro, en el que participaron bibliotecarios, profesores, miembros del Comité Ciudadano Anti-Sida de Asturias, responsables de centros de salud y personal de Servicios Sociales, se han obtenido las siguientes conclusiones:

1. La buena acogida de este Encuentro da a entender que la postura de los bibliotecarios asturianos tiende a ser más activa a la hora de involucrar a la biblioteca en la problemática de su entorno. Existe una actitud positiva a la hora de tomar partido ante los problemas sociales que pueden atajarse a través de la información.
2. Desde las bibliotecas asturianas deben establecerse unas bases de actuación común con todos los colectivos implicados en la lucha contra el Sida (Consejería, Fundaciones y Concejalías de Servicios Sociales, Comité Ciudadano Anti-Sida de Asturias, centros educativos y ONGs), con el fin de aunar esfuerzos a la hora de poner en práctica cualquier actividad o programa de prevención. Se trata de que las bibliotecas se conviertan en un agente más de canalización de las campañas informativas sobre el VIH/Sida.
3. Deben crearse unos canales de circulación de la información sobre el VIH/Sida entre los distintos organismos que la generen y las bibliotecas.

4. En Asturias, muchas de las bibliotecas públicas están ubicadas en zonas rurales donde éstas son el único centro de información para la comunidad. Por ello es importante que en ellas se cree y se difunda un fondo documental sobre la prevención del VIH/SIDA.
5. El público de las bibliotecas universitarias es mayoritariamente joven, de ahí que éstas deban desempeñar un papel más activo en la tarea de difusión de la información del VIH/SIDA.
6. Con la guía, editada por AABADOM con motivo del **Encuentro**, se pone en manos de los profesionales la primera herramienta para que en las bibliotecas, centros de enseñanza y demás centros de información se vaya formando una mínima colección actualizada de materiales bibliográficos y audiovisuales en torno a la enfermedad.
7. Los bibliotecarios asturianos deben ser conscientes de la importancia que supone contribuir, desde su quehacer cotidiano, a desdramatizar en la medida de lo posible las consecuencias de esta enfermedad, para situarla en su lugar correcto y así fomentar una mayor comprensión, tolerancia y solidaridad con las personas afectadas.

## Apoyo a colectivos

Por su parte, la **Asociación Asturiana de Bibliotecarios, Archiveros, Documentalistas y Museólogos**, con el fin de servir de apoyo a todos los colectivos de profesionales involucrados en la labor de prevención del Sida se **compromete** a:

1. Enviar la guía de lectura "50 títulos imprescindibles en la biblioteca para informar sobre el sida" a la Red de Bibliotecas Públicas del Principado de Asturias, a la Biblioteca Universitaria, a la biblioteca del centro penitenciario de Villabona, a los centros de enseñanza y a los centros de servicios sociales de todo el territorio asturiano.
2. Crear, en la sede de la Asociación, un fondo documental sobre VIH/SIDA con posibilidad de consulta y préstamo a todos los profesionales que lo soliciten.
3. Apoyar y colaborar en las actividades que se realicen en torno a la prevención e información del VIH/SIDA en cualquiera de las bibliotecas públicas asturianas.
4. Recoger y difundir todas las actividades que se programen en las bibliotecas con el fin de aprovechar recursos e ideas.

# Literatura y sida

• FRANCISCO SOLANO

Ponencia presentada en el *Encuentro Bibliotecas Asturianas frente al Sida*

**E**l enunciado *Literatura y sida*, en el contexto de un encuentro de bibliotecarios, cuyo objetivo, sobre todo, es concienciar del papel que pueden desempeñar las bibliotecas en la lucha contra el sida, expresa a mi parecer un cierto equívoco, pues se le concede a la literatura, o se le supone al menos, una imaginaria capacidad práctica con la que servir de apoyo en la lucha contra el sida. Sin embargo la literatura, como forma de expresión, no tiene otro objetivo que ser depositaria de una función estética o creativa.

Ese mismo título, *Literatura y sida*, en otro contexto, por ejemplo en una revista cultural, aunque significaría lo mismo, estaría descargado de utilidad. Allí, probablemente, se ofrecería un recorrido bibliográfico por las obras literarias que han abordado el sida (libros de memorias, novelas, cuentos, piezas de teatro), y de un modo declarado, o implícito, según el talante del autor, se incitaría a conocer esas obras. Pero en ningún momento, ante un hecho que ha malogrado y destruido a tantos hombres y mujeres, no creo que el autor del artículo considerara que esas obras literarias son el medio más idóneo para informarse sobre el fenómeno y las consecuencias del sida. La literatura obedece a otras instancias, que no son nunca informativas, sino expresivas, y su colaboración en la lucha contra el sida, si se puede llamar colaboración, se sitúa en otro plano de la realidad, en un plano que no tiene una concreta eficacia social, sino que se mueve dentro de un espacio que brota de lo más recóndito del padecimiento humano, y que se resuelve finalmente en un marco de referencias muy diferente de la realidad, en una extraña, e impredecible, conjunción de estructura, contenido y sintaxis, aunque también, claro está, pueda imponer al lector el trágico testimonio de una vida.

A lo largo de los siglos, desde su fundación misma, la literatura siempre ha sido porosa frente a la sociedad en la que nace, de tal modo que muy difícilmente se puede separar un producto literario de su tiempo histórico. Sin embargo, aunque no sepamos muy bien en qué consiste el valor literario, si sabemos, si estamos de acuerdo, en que su valor no puede ser sólo temporal o histórico, entre otras cosas porque, si fuera sólo temporal o histórico, el acto de leer sería una tarea bastante poco compleja; sería, acaso, algo tan sencillo como asomarse a una casa desconocida, husmear en un ámbito diferente al nuestro, impulsados por una curiosidad de saber que sería, con toda probabilidad, rápidamente satisfecha. Con la lectura, sin embargo,

no se alcanza nunca la satisfacción, porque la lectura no tiene término, sólo tiene comienzo; leer es como una navegación circular, una travesía interminable, un viaje con estaciones, pero sin final de trayecto, y sin otra conclusión que la lectura misma, es decir, seguir leyendo, una y otra vez, y fluir dentro de ese mundo paralelo que otorga un conocimiento del simulacro de la vida, pero nunca de la vida misma, puesto que la literatura, por definición, sólo proporciona conocimiento sobre la propia literatura.

Susan Sontag escribió, al comienzo de su libro *El sida y sus metáforas*, enlazando con su ensayo anterior sobre el cáncer: "La finalidad de mi libro era calmar la imaginación, no incitarla." (...) "Me convencí -sigue diciendo Susan Sontag- de que las metáforas y los mitos matan. (Por ejemplo, infunden un miedo irracional a las medidas eficaces como la quimioterapia, y fomentan la creencia en los métodos totalmente inútiles como las dietas y la psicoterapia)". Y unas páginas más adelante: "El sida, como el cáncer, no deja lugar a romantización ni sentimentalización algunas, quizás porque está demasiado fuertemente asociado con la muerte".

El sida, en efecto, aparece como una forma de muerte diferente, una forma no conocida hasta ahora, con el añadido de una cruel estigmatización, en la medida en que el sida ha sido considerado, durante bastante tiempo, una especie de catástrofe imprevisible y contagiosa emparentada con las pestes medievales. Esto ha supuesto una condena de ciertas prácticas sexuales, de ciertos comportamientos, y ha reforzado, por tanto, el miedo a la comunicación física, lo que supone un intento de castración de las múltiples formas de amor que caben y son posibles en el ser humano. El hecho de que la transmisión del sida se realice por la vía de la sangre y de los fluidos sexuales, disparó la imaginación del horror y de la paranoia y no faltaron voces que consideraron el sida como un juicio a la sociedad, o mejor dicho, a una parte de la sociedad, precisamente aquella cuyas formas de amor y de relación física eran diferentes, pero "diferentes" sólo por no seguir las pulsiones y pautas de una biología estrictamente reproductora.

Ahora ya sabemos, y este es un conocimiento que nos concierne a todos, que el sida no es un espectro moral, que no actúa dirigido por ningún prurito regenerador de costumbres y, ni mucho menos, como un castigo bíblico, llegado de quién sabe dónde para purificar las desviaciones o los pecados de la sociedad. Un virus, cualquier virus, actúe



como actúe, carece de entidad moral; puede, acaso, ser inteligente en un sentido simbólico, pero nunca podrá discernir lo bueno, lo malo o lo bello; puede ser resistente, disponer de una increíble capacidad de adaptación al medio más hostil; puede ser maligno, pero nunca sabrá, nunca podrá saber que es maligno, porque éste es un concepto creado por el hombre. Un virus, por tanto, será siniestro, malvado, terrible, atroz, y será así cuando su comportamiento, dentro del cuerpo del hombre, destruya sus defensas vitales y le lleve a la muerte. Pero nunca, repito, será moral, nunca su actuación será moral, porque un virus no sabe nada de la vida humana, nada sabe del amor, de la pasión o la ternura, ni de la piedad o la compasión, ni del estremecimiento de un cuerpo por otro cuerpo, sea éste del sexo contrario o de su mismo sexo.

*"El sida, por su capacidad de destrucción y muerte, es algo que, de una u otra manera, nos concierne a todos. A todos y a todo, en cualquier ámbito de la vida humana. Y, por supuesto, también a la literatura"*

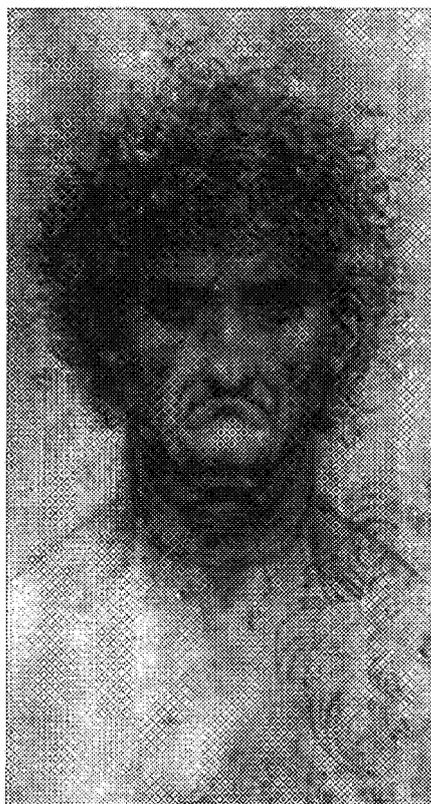
muerte, es algo que, de una u otra manera, nos concierne a todos. A todos y a todo, en cualquier ámbito de la vida humana. Y, por supuesto, también a la literatura.

¿De qué modo afecta el sida a la literatura? Vicente Molina Foix justificaba su artículo "Las obras del sida. La literatura de la enfermedad", planteando la pertinente pregunta de si esta enfermedad ha alterado de alguna manera, o puede contribuir a modificar, la percepción y el trabajo de los creadores. Allí citaba a la novelista Fay Weldon, quien sostiene que, puesto que "el sida obliga a la gente a confrontar su propia muerte, las emociones regresarán a la novela, y volveremos a las sutilezas del universo de Henry James". (...) "La única cosa para la que el sida es beneficioso es la novela -dice Fay Weldon-. Los escritores tendrán que pensar de otro

Hay, además, otro aspecto importantísimo. Si un virus no es moral, si no puede ser moral porque desconoce el régimen ético creado por el hombre, entonces su acción, su asalto al cuerpo humano, el medio que elija para asentarse en un organismo, será irremediamente arbitrario, ese virus actuará sin ley, de un modo indiscriminado, y se alojará, por tanto, donde le convenga, allí donde encuentre un terreno propicio para desarrollar la destrucción que pretende propagar. Pero nunca al comportamiento de un virus se le podrá aplicar otro significado que el significado que el virus desplaza, que no es otro que su malignidad destructiva, pero destructiva sólo por ahora, mientras no se encuentre una solución científica, hasta que no se halle un método de curación definitiva, como sucedió con otras terribles enfermedades hoy, por fortuna, vencidas gracias a los avances de la medicina.

Tres puntos he querido destacar: primero, el sida es una nueva forma de muerte; segundo, el sida nada tiene que ver con la moral, no selecciona a sus víctimas; y tercero, el sida es arbitrario. El orden no presupone ninguna jerarquía, y tal vez los tres se podrían resumir diciendo, con sencillez, pero con absoluta implicación, que el sida, por su capacidad de destrucción y

modo, escribir a partir de asunciones reales; creo -termina diciendo- que vamos a ver una seriedad nueva en la novela." No sé si mi lectura de estas opiniones es correcta, pero me parece apreciar en la indole de este pronóstico algo así como una larvada satisfacción, o una sutil alegría, ante un fenómeno que contribuye a sacar al género novelístico de cierta atonía o de algún callejón sin salida. En cualquier caso, como novelista y escritora, quiero decir, desde su investidura profesional de escritora -siempre se habla desde algún lugar, y ese lugar supone la defensa de una identidad-, está aprovechando el fenómeno social del sida para fortalecer a la novela. Sinceramente, debo confesarles que las opiniones de este tipo no sólo me parecen frívolas, sino incluso repugnantes. Suponen, por un lado, que el arte literario se abastece sólo de cadáveres y de dolor, y por otro, delata una brutal crisis de



imaginación en su relación con el mundo, como si el mundo, o la realidad, no fuera ya suficientemente horrible y necesitáramos, para sentir su gravedad, alguna catástrofe que añadiera lo que Fay Weldon llama una seriedad nueva en la novela.

Yo no creo que el sida tenga nada de beneficioso, ni para la novela, ni para ninguna otra esfera artística. Se pueden escribir buenas novelas sobre nuestro tiempo con una total ignorancia del fenómeno del sida, y buenas novelas centradas en el sida; en cualquier caso, que no se escriban buenas novelas, o novelas serias -apreciación, por otro lado, que merecería un debate en otro lugar-, no es motivo de lamentación, puesto que la historia de la literatura ya contiene suficientes obras maestras como para alimentar una vida entera. Ya he dicho que leer no tiene fin, pero no tiene fin, en un sentido preciso, no porque la producción de libros sea interminable, sino porque ya es inabarcable. Inabarcable como son inabarcables las múltiples formas de soledad, desgracia y muerte que la historia ha producido en el hombre desde que comenzó a trazar signos con un significado perdurable. Y porque el sida es una forma más de soledad, de desgracia y de muerte, la literatura, cuya función primordial es llenar el

mundo de palabras enfrentándose al silencio de la muerte, no puede *no nombrar* el sida, porque su silencio, entonces, sería cómplice de la muerte. La literatura se abre como un medio de acceso al conocimiento de la intimidad, a una intimidad que, en el caso del sida, emerge ante el lector sacudida imperiosamente por la desgracia. Entre otras funciones, la literatura revela la intimidad, es decir, la vida ignorada de los otros, y la convierte en un hecho público. De ahí que los libros escritos por individuos infectados por el sida traten, por lo común, de una vida que se resuelve en confesión póstuma, en testimonio. El sida es, finalmente, la razón última en que desemboca una existencia. Hay aquí algo más que el drama de un individuo; hay una tragedia, la tragedia de estar a merced de unos seres diminutos y terribles que, al entrar en el organismo, convierten el cuerpo en un palacio desolado. A cualquiera puede

sucedarle, o podría haberle sucedido; por eso, cuando un hombre cae, todos caemos con él. La muerte está sucediendo siempre y su permanencia

nos muestra que no hay diferencia entre los hombres. Todos, de alguna manera, morimos o sufrimos alguna mutilación, cada vez que una mujer o un hombre muere. La lectura de un libro de literatura que aborde el sida supone, para el lector, un experiencia vicaria de muerte; al leer morimos, en la última página, con el autor, y en esa confrontación de piedad o compasión se está dando sentido a una vida, no a una enfermedad.

Pero para la literatura, la muerte no es ninguna novedad, aunque ahora se produzca a través de un virus "capaz de camuflarse en sucesivas mutaciones hasta destruir por completo el sistema inmunológico del organismo". La

muerte, nadie lo ignora, es uno de los grandes temas literarios. Voy a citarles un fragmento de un artículo de Emilio Lledó: "La literatura occidental - escribe Lledó- se abre con un largo grito de dolor. En los poemas homéricos se describen exactamente 172 heridas. No es tanto la cólera de Aquiles la protagonista del poema que narra las aventuras de unos hombres junto a las murallas de Troya, sino la vulnerabilidad de sus cuerpos, que establece la

***"La lectura de un libro de literatura que aborde el sida supone, para el lector, una experiencia vicaria de muerte: al leer morimos, en la última página, con el autor, y en esa confrontación de piedad o compasión se está dando sentido a una vida, no a una enfermedad".***

insalvable frontera de la muerte y el dolor. Pero ese cuerpo herido manifiesta, en el certero lenguaje con que el poeta de la *liada* lo describe, un momento esencial de la cultura. Por primera vez, unos ojos humanos convierten la soñada y mítica batalla en algo más intenso y real que el ruido y la furia. Las palabras reflejan ese sueño y comienzan a describir, para el tiempo eterno de la historia, la experiencia del dolor."

En el conocimiento de la experiencia del dolor, a través de la fuerza expresiva, compasiva y artística de las palabras en un cuerpo de por sí vulnerable, está, a mi parecer, el punto de encuentro, el único punto de encuentro entre la literatura y el sida. La realidad del sida es un hecho irrefutable, una realidad que se ha introducido en la vida cotidiana, y su intalación como una de las más terribles enfermedades ha arraigado ya en los más diversos ámbitos del espíritu. Su relevancia no ha pasado, claro está, desapercibida para la literatura, aunque no pueda hablarse de una literatura específica de esa enfermedad. La actualidad del sida y, sobre todo, la dificultad científica, por ahora, de encontrar un remedio eficaz para su curación, establecen un extraña vinculación donde la enfermedad cobra, frente a la literatura, un protagonismo recurrente, y donde, como sucedió con el *best-seller* de Dominique Lapierre *Más grandes que el amor*, se aprovecha esa actualidad para elaborar un producto comercial que apela, sobre todo, a los aspectos más hagiográficos de las personas entregadas a labores humanitarias o científicas en la lucha contra el sida, creando así una épica del sufrimiento que sólo sirve para sentimentalizar inútilmente la relación del lector con el sida.

No obstante, el sida ha establecido ya un factor narrativo muy concreto, aunque todavía circunscrito y empecinado al mundo gay o al documento confesional, sin romper su inmediatez social con los llamados grupos de riesgo. Así pues, además de la ingente documentación científica y social que ha generado, también el sida ha sido abordado, casi desde sus primeras manifestaciones, desde presupuestos literarios. Tal vez convenga decir, antes de nada, que abordar el tema del sida desde una opción literaria exige igualmente, como cualquier otro tema, la adecuación expresiva y el relieve de su finalidad moral. Sólo así una novela, una obra de teatro o un libro enmarcado en el género confesional, puede ser pertinente y adquirir un sentido que vaya más allá de su anécdota. Otra cosa, bien distinta, es que su proximidad y urgencia social obligue a una lectura vinculante, a una lectura impulsada por el conocimiento de esa experiencia del dolor, al margen de la promoción morbosa de algunos libros. Hasta el momento, el sida ha tenido una carga, sobre todo, confesional, donde el autor, por diversas circunstancias biográficas, está fuertemente implicado en el tema y establece una mínima

distancia con la enfermedad. Con ello tenemos, tal como dice Vicente Molina Foix en el artículo antes citado, "la oportunidad de vislumbrar actitudes asumidas desde dentro y, por otro lado, ver las armas literarias que estos escritores enfermos son capaces de esgrimir ante tan extremo trance, siempre publicitado por los medios ávidos de noticias de sensación." El sida no es, por tanto, con algunas excepciones, un tema recurrente, sino una experiencia. La literatura del sida se convierte así, como ya hemos dicho, en revelación de una zona recóndita, en iluminación de una intimidad, cuya expresión se enmarca en el género literario de la confesión, un género que aparece en momentos de crisis. "La confesión como género literario -escribió María Zambrano- no ha alcanzado igual fortuna en todas las épocas. Es algo propio y exclusivo de nuestra cultura y dentro de ella aparece en momentos

decisivos, en momentos en que parece estar en quiebra la cultura, en que el hombre se siente desamparado y solo". ¿Pero cómo se acerca el lector a la confesión? Voy a seguir abusando de las palabras de María Zambrano, aunque ella se refiere a un libro, las *Confesiones* de San Agustín, aparentemente muy alejado del tema que nos ocupa. Dice María Zambrano: "Es lo que ha causado el desencanto de tanto lector curioso que se lanza sobre las *Confesiones* ávido de leer sucesos de escándalo, de escrudiñar interioridades del prójimo; bien pronto se retira desilusionado al no hallar las "intimidades" esperadas. Y todavía más -sigue

diciendo María Zambrano-: porque la confesión, al ser leída, obliga al lector a verificarla, le obliga a leer dentro de sí mismo, cosa que el lector curioso no quiere por nada, pues él iba para mirar por una puerta entreabierta, para sorprender secretos ajenos, por una falta de precauciones, y se encuentra con algo que le lleva a mirar su propia conciencia."

Eso de querer sorprender secretos ajenos, sucede hoy con algunas obras sobre el sida. Y es algo contra lo que poco se puede hacer. El editor casi nunca publicita sus productos por su valor literario intrínseco, sino por otros aspectos, generalmente extraliterarios. Al editor le interesa, sobre todo, colocar y vender sus productos -un libro también es una mercancía-, y en un mercado donde todo se mueve por factores de rentabilidad, un libro sobre el sida aparece impulsado, más que por su contribución al conocimiento de la enfermedad, por aspectos morbosos que estimulen su compra al mayor número posible de clientes. Los reclamos que utilizan los editores mediante una faja en portada es muy variada, desde proclamar que el libro es el soporte de alguna película de éxito, hasta exaltar, por ejemplo, la marginalidad social del autor. El sida, tristemente, no escapa como recla-

*"En el conocimiento de la experiencia del dolor, a través de la fuerza expresiva, compasiva y artística de las palabras en un cuerpo de por sí vulnerable, está, a mi parecer, el punto de encuentro, el único punto de encuentro entre la literatura y el sida"*

mo publicitario a esa brutal contradicción, y reduce a su autor, en ocasiones, a ser un mero comparso, alguien que no es dueño de su destino, cuando precisamente la escritura del libro otorga a su vida la dignidad, heroica y moral, de quien, en su condición extrema, toca directamente esa zona



transparente del corazón humano donde se cristaliza el pavor y la piedad.

Si hace un momento decía que la experiencia del dolor es el punto de encuentro entre la literatura y el sida, creo que ahora es el momento de declarar que, para que ese encuentro tenga eficacia y significado perdurable, es necesario que el lector no se asome únicamente con curiosidad, sino que implique su vida en la lectura, pues eso diferencia leer de informarse, y que, en resumidas cuentas, se sienta obligado a mirar dentro de sí mismo, dentro de su propia conciencia, lo que supone no sólo una auténtica conmoción emocional, conmoción que puede disolver rápidamente otro estímulo, sino la asunción de una reflexión que equivale a un compromiso moral sobre el fenómeno del sida.

No obstante, conviene aclarar que la mera exhibición de las vivencias y consecuencias dramáticas de una enfermedad, no bastan por sí solas para elevar un libro, de documento humano, a obra literaria. Lo que no quiere decir, por supuesto, que ese documento, como tal documento, no sea importante, por su contribución social, para un mejor conocimiento de la psicología del paciente.

Pero cuando ese documento alcanza categoría artística, tal como ha sucedido con los libros de Hervé Guibert *Al amigo que no me salvó la vida* y *El protocolo compasivo*, con la autobiografía de Reynaldo Arenas *Antes que anochezca*, con *Pájaros en la playa* de Severo Sarduy, con el libro de Pepe Espaliú, con algunos otros (señalo aquí obras de creación disponibles, al alcance de cualquier ciudadano interesado), entonces ocurre que autor y lector entran en un espacio no de comunicación, sino de comunión, en un espacio donde la lectura es una conmoción y donde es posible compartir la experiencia del dolor. María Zambrano dice con más claridad lo que pretendo expresar: "Arte y vida real se complementan, pues si el arte

existe, es porque ofrece lo que el tiempo de la realidad nos niega, es porque la vida lo necesita como agente de una acción que sin él no se podría realizar. Entre tantas cosas que los europeos modernos hemos olvidado -termina María Zambrano-, se cuenta la función medicinal del arte, su poder de curación casi mágico, su taumaturgia

legítima." Personalmente, no estoy seguro de esas cualidades curativas del arte, pero no cabe duda de que, en la medida en que dignifica una vida y le otorga sentido, al menos un enfermo de sida, a través del arte, es menos un paciente que una voz y una memoria, una voz y una memoria personal que resonará en la conciencia del lector como nunca lo podrá lograr un documento médico.

No obstante, no quisiera dejar de exponer algunas reflexiones sobre la opción legítima del escritor enfermo de sida que, en su justísimo derecho de reserva de la intimidad, decide no utilizar la literatura para hablar de su dolencia. Me estoy refiriendo a la práctica del sentido del pudor, a la necesidad individual, si así se desea, de preservar la vida privada de los ojos de la colectividad. Cuando a alguien se le diagnostica alguna grave enfermedad, nada le obliga a mostrar públicamente su padecimiento. En el caso de un escritor, esta reserva tiene una doble vertiente; por un lado, como hombre, en su irreductible privacidad, es muy probable que no desee ser expuesto a la mirada ajena; por otro lado, como escritor, aunque disponga de las palabras y conozca el modo de expresar su dolencia, es de todo punto incontestable que puede optar, debido a razones de índole personal, por no reflejar en su obra absolutamente nada de su enfermedad. Esta actitud de reserva de la intimidad no debe confundirse con el miedo, con el espanto a la estigmatización social. Repito que esa opción de silencio es, no sólo legítima, sino que presupone el derecho irrenunciable de toda persona a vivir su propia vida, y a morir su propia muerte, según los dictados morales de su propio carácter. Además, el mundo imaginario de un escritor no siempre pasa por tomarse a sí mismo como materia literaria, del mismo modo que, a la inversa, un escritor sin una experiencia

directa del sida hablará en su obra de la enfermedad del sida, si así lo estima oportuno, según las necesidades creativas que se haya impuesto.

En una novela contemporánea, en *La peste*, de Albert Camus, novela que, desde la aparición del sida, ha actualizado, todavía más, si cabe, su significado, hay un episodio fugaz, escrito sin enfatización, que es un verdadero alegato contra la muerte. Les leo el fragmento:

"Rambert miró a Tarrou. Vio que había adelgazado, el cansancio le hacía borrosos los ojos y todas las facciones. Sus anchos hombros estaban como encogidos. Llamaron a la puerta y entró un enfermero enmascarado de blanco. Dejó sobre la mesa de Tarrou un paquete de fichas y dijo con una voz que la máscara ahogaba: "Seis" y se fue. Tarrou miró a Rambert y le enseñó las fichas extendidas en abanico.

-¿Qué bonitas, eh? ¡Pues no!, no son bonitas, son muertos. Los muertos de esta noche.

Frunciendo la frente recogió el paquete de fichas.

-Lo único que nos queda es la contabilidad."

Pues bien la literatura, como sucede en la novela de Camus, actúa justamente contra esa contabilidad, contra el imperio del anonimato, contra la negación de que cada vida es insustituible y única. Y acaso ahí podría situarse su contribución práctica de apoyo en la lucha contra el sida, en la medida en que, entre otras cosas, la literatura es una pedagogía de la sensibilidad. A través, pues, de esa sensibilidad, del compromiso moral con la vida de los otros, con el sufrimiento ajeno, al lector le corresponde traspasar ese espejo donde se reflejan los fantasmas de nuestro tiempo, conformados por el horror y el espanto de las víctimas, pero también aureolados por un estremecimiento de amor y belleza, traspasar ese espejo, digo, hasta hallarnos frente a nuestra propia humanidad, frente a nuestra propia conciencia, sin condenar a las víctimas del sida a un sufrimiento añadido de segregación y culpa, sin interpretaciones impregnadas de prejuicios y anacrónicos valores morales que remiten a épocas oscuras, sin agregar más significado a la enfermedad que el único que posee, que es su capacidad de provocar un proceso consuntivo y degenerativo que lleva a la muerte. La literatura, por desgracia, no tiene un poder de incidencia social capaz de remover las conciencias, la literatura se produce en un lugar de incertidumbre, pero ese lugar se vuelve concreto cuando las palabras escritas penetran en el lector y modifican su actitud, cuando desenmascaran el temor, la ignorancia, la indiferencia del lector, y cuando transforman la pasividad del lector en responsabilidad y compromiso.

Decía al comienzo de mi intervención que, en el contexto de este *Encuentro de bibliotecas frente al sida*, a la literatura acaso se le suponía una capa-

cidad práctica, para mi dudosa, de apoyo en la lucha contra el sida. Ahora, llegado a este punto, creo que cualquier contribución es una forma de lucha contra el silencio, puesto que el silencio equivale a negar la existencia del sida. "El artista -escribió Gadamer- ya no pronuncia el lenguaje de la comunicación, sino que construye su propia comunicación al pronunciarse en lo más íntimo de sí mismo." Así, cuando Picasso pintó el *Guernica* expresó dos hechos: la brutal agresión de las bombas sobre una población civil desamparada, y el horror que esa agresión le produjo. Desde su indignación y espanto expresó los gritos, la oscuridad, el amasijo de la muerte, desde lo más profundo de su conciencia, como pintor y como hombre de su tiempo. Su cuadro, todavía hoy, es muchísimo más "valioso" que los libros de historia, puesto que expresa con más fidelidad, con un verdadero estremecimiento de espanto, el horror ante un hecho que nunca debió suceder y que humilla la memoria de los hombres. El sida, sin embargo,

carece de esa contundencia visual, está diluido, diseminado en diferentes capas sociales. Además, no hay que olvidar que, "aunque apareció vinculado a determinados grupos de riesgo de los países ricos, particularmente de los homosexuales, el sida es hoy, sobre todo, el nuevo azote de los pobres, hasta el punto de que el 80% de todos los infectados se encuentran en países pobres de Africa, Asia y América Latina, y se estima que en el año 2000 ese porcentaje será del 90%".

Ahí es donde el problema adquiere unas dimensiones que paralizan por completo la supuesta función social de la literatura, y donde las bibliotecas pueden establecer líneas de trabajo y de solidaridad que

vayan más allá del territorio en que están ubicadas. No cabe duda que es mucho más efectiva la difusión de un folleto informativo de prevenciones sobre el contagio del sida que una novela o el testimonio de un escritor malogrado por la enfermedad. Pero todo puede ser útil, de alguna manera - y aquí ya poco importan las reflexiones teóricas sobre la literatura-, todo puede ser útil, aunque su incidencia sea escasa; todo puede servir si se evita que una persona, una sola, no se contagie, o que alguien enfermo se sienta menos solo y desamparado.

Concluyo con otra cita de *La peste*. Cuando Tarrou le dice al doctor Rieux, personaje central y cronista de los hechos, que eso, la muerte, no terminaría nunca, y que seguiría habiendo víctimas porque ésa era la norma, el doctor le responde:

"Es posible, pero, sabe usted, yo me siento más solidario con los vencidos que con los santos. No tengo afición al heroísmo ni a la santidad. Lo que me interesa es ser hombre."

*"La literatura se produce en un lugar de incertidumbre, pero ese lugar se vuelve concreto cuando las palabras escritas penetran en el lector y modifican su actitud, cuando desenmascaran el temor, la ignorancia, la indiferencia del lector, y cuando transforman la pasividad del lector en responsabilidad y compromiso"*